

Cuaresma III – Nuestra sed de agua viva

Hoy meditamos en encuentro de Jesús con la Samaritana en el Evangelio según San Juan, el que más claramente presenta a Jesús como Maestro del diálogo, por su capacidad de ponerse a la par del otro con respeto y amor, escuchar al otro más allá de sus palabras, interrogar con delicadeza para ir llegando progresivamente a lo profundo de su corazón, sacando a la luz los dolores y los anhelos para sanarlos e iluminarlos.



Autor anónimo. *Jesús y la Samaritana* (s. XVII)

Esto es lo que hace Jesús en su extenso diálogo con la Samaritana, pasando por cuatro temas. Primero, **la sed de Jesús**. En su viaje a través de Samaría, Jesús y los suyos llegan al pueblo de Sicar, en las afueras del cual se encontraba el pozo del patriarca Jacob. Jesús se sienta a la vera del pozo,

en pleno mediodía, cansado y sediento, cuando llega una mujer a sacar agua del pozo con su cántaro, y Jesús le pide con sencillez: “Dame de beber”. La mujer se sorprende: ¿cómo un judío le pide un favor a una samaritana, es decir, a un miembro de un pueblo rival? Jesús pasa por alto la ironía y la descoloca: “Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú, y él te daría agua viva, un agua que quien la bebe nunca más tendrá sed”. La mujer, ante estas palabras, descarga su desasosiego: “Señor, dame de esa agua así no tendré más sed ni tendré que venir aquí a sacarla.”

El tema de la conversación pasa a ser la **sed de la mujer**. Irónica o no, la respuesta revela el drama cotidiano de esta mujer, condenada a buscar cada día agua del pozo, para volver a tener sed. Pero, además: ¿por qué va sola a buscar agua, en el momento menos adecuado, bajo el calor del mediodía? Evidentemente, era una mujer marginada, que buscaba evitar el encuentro con otros. Jesús le saca a la luz esa situación: “Tráeme a tu marido”. “No tengo”. “Es cierto, has tenido cinco, y el actual no es tu marido”. Pero no hay reproche en estas palabras (aunque no significa que Jesús apruebe su conducta). Simplemente la ayuda a comprender, que su vida personal también era la búsqueda infructuosa de apagar su sed, su sed de amor, pasando de relación en relación con un creciente vacío y frustración.

La sed de la mujer se revela cada vez más como **sed de Dios**. ¡Pero es tan conflictivo el tema de Dios!, se queja la Samaritana. “Nosotros decimos que hay que adorarlo aquí, ustedes dicen que hay que adorarlo en Jerusalén”. “Ha llegado la hora –responde Jesús– en que ya

no importa si es aquí o allá: el Padre quiere ser adorado en espíritu y en verdad”. Jesús le está diciendo: a pesar de que todos te rechazan, tú puedes adorar a Dios exactamente como Él quiere.

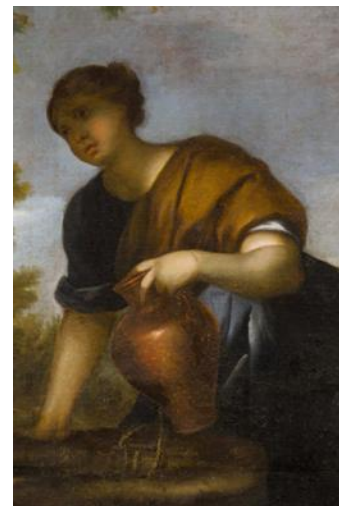
“Sé que cuando venga el Mesías nos enseñará todo”, responde ella con cautela, quizás porque lo que le decía Jesús era demasiado hermoso para asimilarlo de una vez. “Yo soy el Mesías, el que te está hablando”. Y la mujer cree. ¿Por qué no? Jesús ha leído su corazón como un libro abierto, con un amor y una dulzura como nadie jamás le había mostrado, y le ha abierto el horizonte de vivir en amistad con Dios. **Jesús es el Mesías.**



La mujer abandona su cántaro y vuelve corriendo a la ciudad para anunciar a sus vecinos que ha encontrado al Mesías. La Samaritana se ha convertido en una **evangelizadora**. Ya no importa el agua estancada del pozo. Ahora corre en su interior el agua viva de la que Jesús le hablaba, un torrente inagotable que desemboca en la vida eterna, y que no puede dejar de compartir.

Este diálogo nos hace reflexionar sobre nuestra sed, el deseo de nuestro corazón. Se trata de verdadero misterio, porque es infinito, nada ni nadie puede apagarlo totalmente. Pero cómo nos cuesta entenderlo. Comenzamos pensando que es la sed de algo concreto, pero cuando la sed reaparece, pensamos en otra, cosa, y en otra... Quizás también saltamos de una persona a otra. Caemos en un patrón repetitivo, volvemos una y otra vez por un agua que no sacia, cada vez más desilusionados y frustrados (como la historia de los cinco maridos).

Jesús nos enseña que el agua viva que apaga para siempre nuestra fe no está afuera de nosotros, es decir, en las cosas y las personas a las que exigimos que nos den la felicidad perfecta, a las que, en otras palabras, adoramos como si fueran dioses. El agua viva, inagotable, que corre hasta la vida eterna debemos encontrarla en nuestro corazón, descubriendo al Dios verdadero, **el Padre que quiere ser adorado “en espíritu y en verdad”.**



Pbro. Gustavo Irrazabal